

— No te retrases, pequeño, que luego don Fulgencio nos dice que no queremos que estudies. Llévate el bocadillo. A ver, enséñame las manos. Sí, están limpias, esta mañana te has portado bien, buen chico, no como la pendona de tu hermana, que tiene los codos llenos de berretes. Buen chico, y ten cuidado con la cerca al cruzarla, que luego don Segundo dice que la destrozas y se le escapa el ganado. Y da un beso a tu primo Ricardo, que hace días que no lo veo.

El pequeño llevaba un hatillo con el libro de clase, un cuaderno deslavazado y un estuche de madera. En los tebeos veía, a veces, dibujos con todo tipo de animalejos que le extrañaban; hablaban, sí, y él nunca había visto hablar a ninguna oveja, a ninguna vaca, a ningún ratón, y menos aún a un cerdito como los de padre; sí, padre trabajaba duro, él quería ser como padre. Para qué estudiar, qué conseguir con ello. Había oído a su tío Ceferino decirle a Ricardo que las cosas iban mal, hijo, que había que espabilarse, que su madre estaba maltrecha, no podía soportar las tareas de la casa con esas rodillas que le hacían cojear una barbaridad.

— Ricardo, cuando cumplas los once años no volverás a estudiar.

Lo había escuchado a él, a su tío, con estas mismas palabras. Había llegado a la cerca, la había saltado sigilosamente.

A unos veinte metros, una vaca lo miraba con ojos asustados. Se parecen a los ojos de mi hermana, pensó, mi hermana también tiene esas legañas cuando se levanta, mi hermana a veces llega a casa toda sucia como las patas de esa vaca. El animal muge, mi gato no muge; Silverio, un nombre muy extraño porque mi madre dijo que así se llamaba un tío abuelo suyo, y que poniendo su nombre a un ser de Dios, aunque sea un gato, era una buena manera de recordarlo. Qué cosas tenía mi madre.

Recorrió raudo los dos kilómetros que lo separaban del colegio, un humilde edificio de ladrillo con un patio de columpios desvencijados. La verja de la entrada chirriaba. Don Fulgencio, ya dentro de la clase, levantaba la mirada cada vez que llegaba un nuevo alumno y le lanzaba, murmurando, un mensaje de reproche. Apenas movía los labios, ocultos, en su parte superior, por un bigote espeso, canoso, que escondía alguna que otra arruga. Eso decían las mujeres de la comarca. Y su madre anda, picarona, ¿te acuerdas de cuando don Fulgencio nos sacaba a bailar en la taberna de don Herminio, con el organillo dale que te pego, y él con una sonrisa así de ancha, más salada que una remolacha triturada?; qué porte, qué cosa. Y las mujeres que volvían del río; se veían ya las primeras lavadoras, pero ellas seguían yendo allí, que había que darse un paseo y ver qué hacían Antonio y la Juana, la Delgada y el militar ese con el que se juntó tras la guerra, un inválido de por vida. Un tiro en la parte baja, dijeron. Eso sí, con medallas hasta la ceja y si te he visto no me acuerdo.

Don Fulgencio miraba silencioso a la clase; fruncía el ceño, contaba uno por uno, no faltaba nadie, podía empezar con el tema de Matemáticas, sumar, dividir, multiplicar,

ah, sí, la tabla de multiplicar, con los más pequeños, con los de primer año. A ver... Uno por dos, tres por cuatro; ya sé, ya sé, esto es muy avanzado para vosotros, no lo dudo, pero qué le vamos a hacer; quiero que progreséis y que seáis hombres de provecho, vuestros padres han puesto su confianza en vosotros y en mí, y mi obligación es complacerlos. Después el cuaderno de caligrafía, la letra que pugnaba por volverse redonda, cada vez más pequeña, como minúsculas volutas que se perdían allí donde alcanza la memoria. En la calle, el pequeño observó desde su pupitre que un gato retozaba en el barro de un charco. A él le gustaría ser aquel gato, sentirse libre, ajeno a las lecciones del maestro. Todo parecía al alcance de la mano y, en el último momento, se le escapaba. Se rascó el cogote y siguió con la cartilla. Don Fulgencio se aplicó las gafas y comenzó un dictado. Otro más.

¿Te acuerdas de aquello, Tomás? Lo odiabas, lo llegaste a odiar; a don Fulgencio y su pusilanimidad, con ese rostro de beato viudo y la viruela picándole la cara como esas naranjas que traía tu madre del mercado. Era ver una naranja y enseguida se te representaba don Fulgencio, austero y monjil, Quijote sin corcel que nunca había salido de la comarca, excepto sus estudios con los curas en la capital. ¿Y cómo no se le había ocurrido, con sus posibles, intentar aprovecharse?

Mire que no es cosa de Dios ir contra su voluntad, y si uno es capaz, pues venga, a freír espárragos por otros cantones, digo comarcas. Isidro, el alcalde, estaba empeñado en la palabra cantón; la decía porque sí, sin ton ni son, leída en un periódico que su primo el molinero le había traído de la ciudad. Cantón, eso es estilo, suena a algo importante. Isidro medía las palabras en función de su sonoridad chirriante. Así, no osaba decir viejo sino Matusalén, ni Ayuntamiento sino Corporación Municipal, ni músicos sino orquesta sinfónica, aunque lo que interpretasen fuera un pasodoble, un vals o esas canciones que se repetían en las plazas de toros. Cantón. Bajito, rechoncho, tenía el aliento avinagrado y una camisa que más bien parecía de fuerza, en vista de la energía con la que amortiguaba su rolliza condición de vividor y apoderado de bien de una ciudadanía escasa. A comer se ha dicho, vecinos.

En el pueblo le llamaban el tragón o el triponcio, que de lo uno deriva lo otro, y en verano era primoroso verlo sudar hasta llenarse de lamparones la faja, que se anudaba a presión, como hacían sus obreros con los haces de paja para amontonarlos. Además de panzudo, paticorto y huraño con los suyos, excepto cuando el fin era llevarse algo para el pico, este pájaro, decían, cobraba comisión por cada obra que se hacía en el pueblo, fuera una calle o la construcción de una renovada escuela a la espera de fondos de «mi amigo», como llamaba al gerifalte administrativo, político y judicial, que de todo era, de la comarca. Un cacique nombrado por un hermano del jefe de Gobierno, decían las malas lenguas. Y a fe que no parecían equivocarse.